



Paris, 26 de Mayo de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Suc.

México.

Una visita á Massenet.

CUANDO comencé á normalizar mis ocupaciones en París, y hube de sentir que ya se apagaban en mi espíritu los fuegos fátuos de las primeras impresiones; cuando, en suma, comprendí que, al período de agitación y sorpresa sucedía el de calma y tranquilidad relativas—porque absolutas no pueden existir, y mucho menos lejos de la Patria y del hogar—mis primeros pasos fueron encaminados á trabar conocimiento personal con las dos eminencias del arte musical francés—Saint-Saëns y Massenet—con quienes, aparte del res-

peto y la admiración, que son ya un lazo, me unían, de tiempo atrás, las más halagadoras relaciones epistolares. Y ruego al lector me perdone esta mención personal y la índole también personal de todo este artículo, toda vez que las circunstancias y los hechos, no una vana ostentación, son los que me obligan á escribir de tal suerte.

Válgaseme este pequeño paréntesis, y continuo.

Saint-Saëns estaba ausente de París, adonde, puede decirse, habita por excepción; pero Massenet acababa de regresar de un viaje, por la época á que me refiero, y en tal virtud, tomé positivo empeño en realizar mi anhelado deseo. Con tal objeto manifestéle sin vacilación en una pequeña esquila dirigida por conducto de su editor Heugel, y á las pocas horas, recibí del gran Maestro la más encantadora y amable de las respuestas.

«Avec le plus cher plaisir.

Mardi 24 Avril.

Chez mon editeur

AU MÉNESTREL

á 6 heures $\frac{1}{4}$

En grande symphatic.

Massenet.»

Excuso añadir que, más que con puntualidad, con anticipación, asistí á la referida cita.

Massenet recibe preferentemente en la casa de su editor Heugel, adonde tiene reservado, en la parte alta de la casa, un coqueto gábinete, que es para él de trabajo, y á la vez sala de recibo para sus íntimos. Llégase ahí después de atravesar un pequeño pasillo, en cuyo fondo está la puerta que da acceso al interior y á la cual llamé tímidamente presa de natural emoción. Abrióme el Maestro en persona agobiándome de interpe-laciones sucesivas, lanzadas unas tras otras con nerviosa agitación, y estrechándome la mano con una afabilidad y un afecto que nunca olvidaré.

—«¿Viene Vd. de México? ¿no es verdad? Recuerdo bien sus cartas y sus obras. Y bien, hableme de su país, de sus progresos, de sus costumbres, de su situación musical.—¿Qué tales teatros tienen Vdes? ¿Qué compañías de ópera les han visitado? ¿Cómo marcha su Conservatorio y cómo están organizadas sus orquestas? ¿Conocen los mexicanos mis obras? Sé que hay buen gusto musical, pero le confieso que no tengo detalles de ninguna especie y que me interesan los países jóvenes como el suyo. Sé también que les han visitado buenos cantantes, la Patti y Tamagno, si no me equivoco, me parece que también la Calvé ¿no es verdad? Pero ¿qué es lo que ha producido en Arte su país? ¿que compositores, qué cantantes han brotado de ahí...?»

Más ó menos así me interpelo el simpático Maestro, lanzándome sus preguntas á quemarropa y apenas permitiéndome responder en breves palabras á las más interesantes.

Massenet está joven aún, representa menor edad de la que realmente tiene; su figura es altamente simpática é interesante; es bastante escaso de pelo y peina ya algunas canas, pero su tez está fresca aún y todo respira en él la vida, la animación y la buena salud. Es inquieto, nervioso, agitado, habla rápidamente y con una verbosidad que apenas da lugar á aventurar breves palabras á su interlocutor, cuando tiene la buena suerte de acomodarlas aquí y allá entre aquel torrente de familiar elocuencia; replica sin vacilar á las cuestiones que se le proponen y expone ideas muy felices respecto á las condiciones del arte actual y apropósito de los grandes maestros que son sus favoritos. No puede disimular cierto orgullo en lo que atañe á la moderna escuela francesa, que tanto le debe, y cuando habla de los jóvenes—que casi todos pasaron por su Cátedra del Conservatorio—se siente emocionado y tiene para ellos palabras de elogio que casi podrían llamarse de admiración.

«—¿Es usted Profesor de Composición en el Conservatorio?—interpelóme el Maestro—y, á mi respuesta afirmativa, añadió:—«Oh! yo serví en el nuestro la misma Cátedra durante cerca de veinte años, y no puedo olvidar á mis buenos dis-

cípulos, á quienes Vd. conoce quizás, y que ya son maestros á su vez. Ahí tiene Vd. á Bruneau, un gran carácter; á Leroux, habilísimo é inspirado; Gustavo Charpentier. . . . ¡un gran talento! ¡un gran talento! Ya ve Vd. cómo ha triunfado en la Opera Cómica con su *Luisa*, una obra fresca, inspirada y muy original en su forma. . . . Y como esos hay otros aún: los Hillemacher, Vidal, Marty, Pierné, ¡qué sé yo cuantos otros, que están en carrera y que han llegado ó van llegando. . . .»

Al manifestarle mi admiración por las magníficas interpretaciones de las orquestas francesas, especialmente las de la Grande Opera y Opera Cómica, interrumpióme Massenet, diciendo: «Es verdad, son excelentes, sobre todo nuestras maderas, que no tienen rival; pero diré á Vd. en reserva: no saben acompañar ciertas obras; ejecutan haciendo preponderar el elemento sinfónico, con detrimento del efecto vocal, y esto, en los dramas líricos de Wagner, pongo por caso, no solamente es nocivo al resultado, sino contrario á las indicaciones del autor. ¿Conoce Vd. los *Maestros Cantores*? Seguramente ha leído esa maravillosa partitura: pues bien, en ella los *pp* abundan sin exageración. Y es que los alemanes, á la inversa de nosotros los franceses, se preocupan ante todo del drama y de la claridad de la dicción.

En uno de mis viajes por Austria y Alemania —añadió el Maestro— fuí invitado galantemente por el intendente de la Grande Opera de Viena, á ocupar su magnífico palco, situado á poca proximidad de la masa orquestal, y, como durante un acto entero de los *Maestros Cantores*, no desclavase mi vista de la orquesta, con el natural interés del compositor que escucha tan portentosa obra, el referido intendente no pudo refrenar su curiosidad é interpelóme afablemente: —Pero Maestro ¿qué mira Vd. con tanta insistencia? ¿qué es lo que despierta tanto su interés?

—Oh! querido amigo—repliquéle—*miro* la orquesta por interés, y porque, lo confieso, hay momentos en que no la escucho. . . .

—¡Vamos! replicó el intendente—¡al fin compositor. . . .! Nosotros en la ópera, escuchamos de preferencia el texto, sin desdeñar, se sobreentiende, la importancia del trabajo musical; pero el público alemán debe enterarse del libro palabra por palabra, so pena de fastidiarse soberanamente. . . .

Y en realidad—añadió Massenet—en contraposición con el nuestro, tal es el temperamento del público alemán; pero creo que un justo medio entre ambos extremos conduciría al apetezible resultado.»

Al llegar á este punto de nuestra conversación, observé que mi visita se había prolongado imprudentemente, y pedí permiso al Maestro

para retirarme, no sin arrancarle la promesa de que me concediera en breve otra entrevista para disfrutar aún de su conversación tan amena como instructiva.

Massenet accedió bondadosamente á mi súplica y, al conducirme hasta la puerta y ofrecerme galantemente su casa—calle del General Foy, 46—hízome conocer un hecho curiosísimo:

«—Vivo ahí—díjome—hace cerca de veinte años, y desde ese tiempo he conservado la misma servidumbre, que ha sido para mí el tipo de la fidelidad.

No es fácil que cambie de domicilio—añadió sonriendo—porque tengo un propietario excepcional. ¡Figúrese usted que cada año me disminuye el precio de alquiler. . . ! Es un hombre extraordinario. . . que me obliga á una dulce resignación—dijo Massenet, lanzando una franca carcajada. . . .

—No tanto, querido Maestro—repuse yo—es un propietario celoso de un inquilino del valor de usted, que tiene el talento de saber arraigarlo. . . .

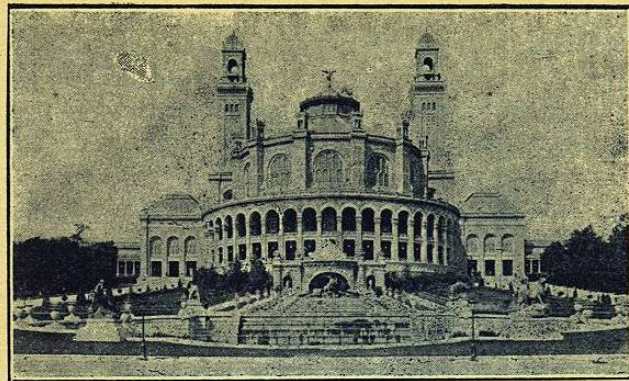
Así terminó mi entrevista con el ilustre y genial Maestro francés.

Al descender los escalones de aquella escalera que, lleno de emoción había yo franqueado á mi llegada, recordaba las palabras justas y acertadas de un biógrafo de Massenet. ¡Cuánta verdad encierran las siguientes líneas trazadas por Soleniére:

«Lo que es Massenet en música, lo es también en la vida privada, en sus relaciones generales, en la amistad, en suma: un encantador. Por mal prevenido que esté uno para con él, es casi imposible resistirle; tiene no sé qué de femenino, de cautivador, que subyuga y que convence. Excesivamente servicial, interesándose hasta por los más humildes, estimulando siempre á todos, tiene algo de *paternal* que se granjea el amor y la simpatía de quienes le tratan.»

Humilde es mi testimonio, pero es testimonio, al fin, de la verdad que encierran las frases transcritas. Bien definido queda Massenet: es un encantador, y si la mayor felicidad consiste en ser amado, el Maestro francés puede reputarse verdaderamente feliz.

Julio 1º de 1900.



París, Julio 1º de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Sucos.

México.

**El primer Concierto oficial en la Exposición.
Concierto Sueco en el Trocadero.**

HAN dado principio en el Trocadero los Conciertos oficiales de la Exposición, bajo programas elaborados con mayor ó menor acierto, más ó menos censurados por la prensa local, pero de todas suertes interesantes para el público extranjero, al que poco interesan la parcialidad, las intriguillas y los manejos interiores del comité organizador. He leído, artículos harto desfavorables para éste, algunos violentos y aún ruidos como el que se publicó en

Le Temps, dirigiendo graves acusaciones á Teodoro Dubois, el Director del Conservatorio; otros más blandos no obstante su hostilidad, y pocos imparciales; mas debo confesar que he perdido la fe en este periodismo de *chantage* y desahogo, y que, con ánimo sereno, sin motivos para inclinarme en determinado sentido, he podido medir la injusticia de la crítica y calificar el espíritu que la anima.

La sala de fiestas del Trocadero, que es irreprochable en cuanto á belleza decorativa y grandiosidad, en razón de sus desmesuradas proporciones, adolece de un grave defecto para las ejecuciones musicales: su pésima acústica. Los efectos de finura de la orquesta, los exquisitos detalles, los matices delicados se pierden sin remedio en este vasto local, y las voces humanas, para hacerse oír, deben esforzarse hasta el grito, so pena de pasar inadvertidas. No obstante que la masa total de las grandes ejecuciones con orquesta y voces, alcanza la respetable cifra de más de 250 ejecutantes, diríase que son apenas 100 los que se escuchan. Desgraciadamente por ahora no se cuenta con otra sala en la Exposición, pues la gran Sala de Fiestas tiene otro destino (y si se la dedicase á las audiciones, creo que el defecto sería aún más deplorable, dadas sus inmensas dimensiones), y de ahí que haya palidecido el resultado artístico. Empero, sorprende y despierta envidia en los que siempre

hemos deseado el adelantamiento musical en México, el hecho de que festivales de tal naturaleza, bien dispuestos y presentados con irreprochable propiedad artística, vayan encaminados á la propaganda del grande Arte entre las masas, merced á la baratura de precios que los pone al alcance de todas las fortunas. Admírese el lector: ¡por 50 céntimos—unos 20 centavos de nuestra moneda—se obtiene una butaca numerada de anfiteatro, y, este ínfimo precio, tiene aún una reducción de 25% para los portadores de bonos de la Exposición! ¡Francamente, sólo aquí es dado el escuchar á tal precio un concierto vocal é instrumental desempeñado por la gran orquesta del Conservatorio y artistas de la Opera!

Reproduzco á continuación el programa del primer Concierto, que á renglón seguido comentaré:

- 1.—*Le Feu Céleste*. Cantate... C. SAINT-SAENS.
Primera audición.
- 2.—A. *Le chant des Oiseaux*... CL. JANNEQUIN.
(Siglo XVI).
B. *Alceste*. (Aria y escena de los Infiernos)..... LULLY.
C. *Quam Dilecta*. Motete..... RAMEAU.
D. *Silvain*. Arieta..... GRÉTRY.
E. *Alceste*. Escena religiosa..... GLUCK.
- 3.—*Ulise*. Fragmentos..... GOUNOD.
- 4.—*Romeo y Julieta*..... BERLIOZ.

Fiesta en la casa de Capuleto.

Le Feu Céleste, la cantata que puede llamarse oficial y que por vez primera se ejecutó en el Trocadero, fué acogida con cierta frialdad por el público y después no poco censurada por la prensa. A mi juicio, público y crítica han sido injustos; el primero no podrá ponerse al nivel de la inspiración alta y serena del maestro, después de una audición única, y la segunda se atiene, para juzgar, á una impresión fugitiva, susceptible de modificarse profundamente. He leído la partitura con el mayor interés, y, según mi propio sentimiento, encuentro la obra digna del maestro, digna del asunto tratado y adecuada á las circunstancias. La orquestación es perfecta, contiene efectos nuevos é inesperados, ingeniosas fusiones de timbres y un tratamiento admirable del órgano. Será para mí inolvidable la emoción que experimenté cuando intervino en la trama orquestal la voz poderosa y solemne de aquel grandioso instrumento que actualmente es uno de los mejores de Europa. Aquella voz, primero lejana y misteriosa, que gradualmente alcanzó el *sumum* de la sonoridad, parecíame el clamor anhelante de los siglos desecho al fin en vibrante cántico en loor de la victoria del progreso humano. ¿A quién, si no al secular y más poderoso de los instrumentos podríase haber confiado tan elocuente papel? Y cuando á raíz de la letra:

Par lui la foudre est enchainée
Et s'appelle Electricité;

tras de un formidable *crescendo* que se resuelve en un seco golpe de platillos, se desencadenan todas las fuerzas de la orquesta y masas vocales, entonando el himno de las conquistas del siglo, celebrando el apotéosis del adelantamiento universal, bajo aquellas bóvedas y en medio de aquellos recintos que son otros tantos templos levantados en honor del mismo Dios, la emoción vibra en todo nuestro sér, y nos sentimos elevados por las alas vigorosas é impalpables de la belleza.

Después, la soprano entona la más plácida y serena de las melodías precedida por un inspirado *solo* de violín, y la cantata da fin con un enérgico *tutti* de orquesta y voces, escrito con gran firmeza y solidéz.

Entre los fragmentos de música histórica que se ejecutaron en el Concierto en cuestión, recuerdo con placer el coro de Jannequin, ejecutado á la perfección por los coros del Conservatorio, y que es un curioso *especimen* de música onomatopéyica; el *Motete* de Rameau, en el que resalta un primoroso acompañamiento de flautas y la escena religiosa de la *Alceste*, de Gluck, cuya belleza no necesita ponderación por que ha sido universalmente reconocida. En la ejecución de este número sorprendíome la correcta é inspirada eje-

UNIVERSIDAD DE NUESTRO SEÑOR
BIBLIOTECA TITINA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, N.M.

cución de los intérpretes: Mlle Ackté, dotada de bella voz y linda figura, y el barítono de la ópera M. Delmas.

Los coros de *Ulise*, de Gounod, aunque algo anticuados en su forma y sabor, conservan una frescura encantadora, y la página orquestal de Berlioz, revela la potencia de ese género tan tardíamente reconocido por sus mismos compatriotas.

Pocos días después del Concierto á que he venido refiriéndome, verificóse en la misma Sala la gran Audición de música Sueca, patrocinada por el Príncipe Real de Suecia y Noruega, y honrada con la presencia del Rey Oscar II, que es músico y literato, y gran protector de los artistas de su país.

Entre los ocho números que integraban el programa, que por brevedad no reproduciré, merecieron entusiastas aplausos la *Balada* de Tannhäuser de Süderman, las *Piezas Sinfónicas* de Rubenson, el *Ofertorio* del primer compositor citado, y sobre todo, la balada *Flores et Blanzeflor* del joven compositor Wilhelm Stenhammar, que acusa una intensa y poética inspiración realizada por una instrumentación digna de Wagner. Y no hay que sorprenderse por tal afirmación, porque, á juzgar por los autores ejecutados en la audición, puede asegurarse que la moderna escuela sueca

procede y sigue muy de cerca las huellas del gran reformador. En su *compte rendu* del Concierto sueco, publicado por Huges Imbert, en *Le Guide Musical*, señala el crítico, con acierto, la falta de color local en los compositores suecos, á diferencia de la originalidad que acusan los noruegos, tales como Grieg, Svendsen y Sinding, y el influjo que Wagner ha ejercido sobre esas imaginaciones del Norte, tan soñadoras y tan poéticas. Esta es una verdad que no podrá discutirse, pero que no se opone el natural tributo de admiración que merecen. Rindióseles el público encabezado por el Rey en persona, quien complacido y satisfecho, daba repetidas veces la señal de los aplausos.

Tiempo y lugar me faltan para dedicar algunas líneas á la ejecución de la bellísima ópera de Humperdinck, *Hänsel y Gretel*, estrenada en la Opera Cómica el 30 de Mayo; á los subsecuentes Conciertos oficiales en el Trocadero, entre los cuales debo mencionar el exclusivo de órgano dado por Marty, un excelente organista ciego; á las audiciones musicales que se escuchan en el pabellón Egipcio, y á tantas y tantas otras como abundan en París.

En breve salgo para Italia y de allí tendré el gusto de reanudar mis correspondencias para la *Gaceta Musical*. Creo haberme formado un juicio aproximado—que no es de todo punto entusiasta—de la situación musical en Francia; anhe-